

Félix del Valle

EL FUEGO Y EL BARRO

Gracia acogida o Gracia frustrada

ESTUDIOS Y ENSAYOS

← BAC →

ESPIRITUALIDAD

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2021

Primera edición: marzo de 2021
— *segunda impresión*: julio de 2021

© Félix del Valle

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2021
Añastro, 1. 28033 Madrid
Tel. 91 343 97 91
www.bac-editorial.es

Depósito legal: M-5619-2021
ISBN: 978-84-220-2186-5

Preimpresión: BAC

Impresión: Gráficas Dehon, Morera, 23, Torrejón de Ardoz (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Ilustración de cubierta: Vidriera-rosetón de la catedral de Santo Domingo de la Calzada (La Rioja). Diseño de Marko Ivan Rupnik
Diseño: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I. La vida espiritual	17
1. Reduccionismos de la vida espiritual	17
2. La vida espiritual es la vida filial de Jesucristo en el hombre animado por el Espíritu Santo.....	19
3. Jesucristo es la Cabeza y nosotros sus miembros.....	23
4. Vida recibida personalmente	25
CAPÍTULO II. La vida espiritual se vive desde la inhabitación..	31
1. Personalmente: consciente y amorosamente.....	31
2. Motivación e intención: origen y fin	33
3. El sujeto principal es Cristo Cabeza.....	35
4. Algunas señales.....	39
CAPÍTULO III. Las resistencias al Espíritu Santo y la ayuda instrumental de la psicología	41
1. Sentido y usos de la psicología.....	42
2. Espiritualismo y psicologismo.....	46
3. Unión e integración: el principio cristológico	49
CAPÍTULO IV. Psicología y psicologías	53
1. Pedagogía espiritual o espiritualidad pedagógica.....	53
2. Instrumentos pedagógicos.....	56
3. Algunos documentos de la Iglesia	58
CAPÍTULO V. Psicologías y antropologías	63
1. Escuela del Psicoanálisis.....	64
2. Escuela cognitivo-conductual	65
3. Escuela humanista.....	66
4. El modelo de la autotranscendencia teocéntrica en la consistencia	68
5. Antropología y psicología cristianas	70

<i>a)</i> Importancia de las motivaciones	71
<i>b)</i> El hombre es un ser consciente y libre	73
<i>c)</i> El hombre es un ser llamado a vivir la relación inter- personal y desarrollarse personalmente en ella.	77
<i>d)</i> Un ser llamado a la autotranscendencia y capaz de ella	79
CAPÍTULO VI. Integración de la psicología al servicio de la vida espiritual. Las tres dimensiones.	81
1. Función instrumental de la psicología.....	81
2. Función instrumental relativa	83
3. Las tres dimensiones de la vida humana	86
4. Los tres niveles de la vida psíquica.....	89
CAPÍTULO VII. Sentido de identidad	97
1. Identidad biográfica	98
2. Identidad histórica	98
3. Identidad teológica	100
4. Identidad psicológica.....	102
5 «Lo que somos ante Dios».....	109
<i>a)</i> Somos criaturas	109
<i>b)</i> Somos pecadores	114
<i>c)</i> Hijos amados del Padre, miembros del Cuerpo de Cris- to, templos de la Trinidad, partícipes de la vida divina .	118
<i>d)</i> Llamados a la santidad y llamados a salvar y santificar.	123
6. Identidad y libertad	124
CAPÍTULO VIII. Humildad, esperanza, pobreza	131
1. Humildad	131
2. Esperanza	136
3. Pobreza.....	138
CAPÍTULO IX. Hombre carnal o espiritual	141
1. Relación con los niveles de identidad.....	144
2. Vida espiritual y cualidades humanas.....	146
CAPÍTULO X. Niveles de conciencia	149
1. Consciente	149
2. Subconsciente	152
3. Inconsciente.....	153
4. Señales	155
5. Instrumentos técnicos	158

CAPÍTULO XI. Los sentimientos	159
1. Contenidos del inconsciente	159
2. Inconsciente y sentimientos	161
3. Los sentimientos de Jesucristo	162
4. Configuración de la emotividad	164
5. Memoria afectiva	171
6. Necesidades y sentimientos	173
7. Fe y sentimientos	174
8. Elementos internos de los sentimientos	180
9. Valoración emotiva y valoración racional	183
CAPÍTULO XII. Los contenidos del yo: valores, actitudes y necesidades	193
1. Los valores	194
2. Valores cristianos: contemplados	196
3. Las necesidades	197
<i>a)</i> Las necesidades psicoafectivas	197
<i>b)</i> Las inconsistencias	203
4. Las actitudes	205
CAPÍTULO XIII. Necesidades disonantes y neutrales	207
1. Necesidades disonantes	210
<i>a)</i> Necesidad de agresividad	210
<i>b)</i> Necesidad de dependencia afectiva	216
<i>c)</i> Necesidad de evitar la inferioridad	219
<i>d)</i> Necesidad de evitar el peligro	224
<i>e)</i> Necesidad de exhibicionismo	227
<i>f)</i> Necesidad de gratificación sexual	230
<i>g)</i> Necesidad de humillación	239
2. Necesidades neutrales	241
<i>a)</i> Necesidad de aceptación social	242
<i>b)</i> Necesidad de afiliación	243
<i>c)</i> Necesidad de adquisición	244
<i>d)</i> Necesidad de autonomía	247
<i>e)</i> Necesidad de ayuda a los demás	249
<i>f)</i> Necesidad de cambio y novedad	250
<i>g)</i> Necesidad de conocimiento	251
<i>h)</i> Necesidad de dominación	253
<i>i)</i> Necesidad de excitación	255
<i>j)</i> Necesidad de éxito	258
<i>k)</i> Necesidad de juego	261

<i>l)</i> Necesidad de orden u organización	262
<i>m)</i> Necesidad de reacción.....	263
<i>n)</i> Necesidad de sumisión y respeto o deferencia.....	264
CAPÍTULO XIV. Psicodinámica e integración.....	267
1. Vivir de la fe.....	269
2. Atender a las necesidades: reconocer, aceptar e integrar ..	272
<i>a)</i> Reconocer.....	273
<i>b)</i> Aceptar.....	278
<i>c)</i> Integrar	284
3. Integración y santidad.....	287
CAPÍTULO XV. Mecanismos de defensa	289
1. Consistencias defensivas.....	291
2. Mecanismos de defensa.....	295
<i>a)</i> Escisión	296
<i>b)</i> Negación.....	298
<i>c)</i> Racionalización	299
<i>d)</i> Proyección	300
<i>e)</i> Idealización	303
<i>f)</i> Identificación	305
<i>g)</i> Compensación	306
CONCLUSIÓN. Gracia de Dios y colaboración del hombre	311

INTRODUCCIÓN

El Fuego y el barro... Evidentemente, el Espíritu Santo, o la Trinidad, porque «nuestro Dios es *fuego* devorador» (Heb 12,24; cf. Dt 4,24); y el hombre, «porque Él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos *barro*» (Sal 102,14). La imagen que los une es también bíblica: Dios es quien modela y hornea el barro humano (cf. Eclo 33,13; Is 64,7; Jer 18,6). Podría ser el Fuego y el madero o el Fuego y el hierro, según las imágenes que propone san Juan de la Cruz¹. Pero el barro sugiere más que el hierro o la madera la fragilidad, la pobreza, la debilidad, la suciedad... La realidad es que, entrando en relación personal con el hombre, Dios lo transforma, totalmente, en un proceso que termina al final de nuestra vida —si no nos resistimos—; que Dios diviniza, transfigura y transforma al hombre, radicalmente; que la santidad no consiste en una conducta buena según las fuerzas de la criatura sino en una asimilación a la Vida del Creador. De manera que, si no se produce, progresivamente, esta transformación de la totalidad del hombre, de todo su ser, de sus capacidades, de sus deseos, de su mentalidad y su pensamiento, de su amor, de su sensibilidad, de sus afectos, de su memoria, de sus pasiones, de sus instintos, es que no ha entrado de veras en contacto con el Fuego.

Tal contacto y transformación no son automáticos sino personales. Dios no nos santifica sino invitándonos a poner en juego nuestra libertad, nuestra decisión. Para ser santificados es preciso que actúen las Personas divinas, tal como Ellas obran, en conformidad con su Ser personal; y es preciso que el hombre les deje, libremente, poniendo en juego su consentimiento, su apertura, su

¹ *Subida del Monte Carmelo*, libro II, cap. 8, 2; *Noche oscura*, libro II, cap. 10, 1.4.6; *Cántico espiritual B*, 26, 19; *Llama de amor viva B*, Pról., 3; 1, 3; *Del conocimiento oscuro de Dios*, X, 12.

docilidad. El misterio incluye que tal respuesta nuestra no es solo una petición que se nos hace sino un don que se nos concede, y solo podemos recibirlo «por obra del Espíritu Santo». Porque «es tanta la bondad de Dios para con todos los hombres que quiere que sean méritos nuestros lo que son dones suyos...»².

Sí, la santificación no es automática e impersonal, la Gracia ofrecida puede ser rechazada. El nuestro es un Dios que se deja vencer por el hombre, que permite que se le rechace. No sé si habrá frases más duras y terribles que la que se refiere en el Evangelio a quienes «*frustraron* el designio de Dios para con ellos» (Lc 7,30). Sí, existe la terrible posibilidad de que la Gracia se frustre en nosotros, de que la frustremos nosotros —nadie más puede hacerlo para sí salvo uno mismo—. Por eso san Pablo se muestra agradecido por comprobar en su vida lo contrario: «y su gracia para conmigo no se ha *frustrado* en mí» (1 Cor 15,10). Gracia acogida o Gracia rechazada, malograda, echada «en saco roto» (2 Cor 6,1), frustrada...

Por decirlo de manera gráfica, no puede haber santificación sin una espiritualidad alta y sin una apertura profunda. *Espiritualidad alta*, que desea la santidad sin rebajarla, de actitudes y criterios sobrenaturales, que entiende que la santificación es divinización y comunión con la Trinidad... *Apertura profunda*, efectivamente, porque el ejercicio de la libertad y responsabilidad tiene en el hombre diversos niveles, que tienen que ver con sus diversos niveles de conciencia: el ser humano es un abismo misterioso ante el misterioso Abismo divino: «¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!» (Rom 11,33). Y «una sima grita a otra sima...» (Sal 41,8), la acoge y se corresponde con ella.

Creo que son necesarios instrumentos para iluminar las profundidades del hombre ante Dios. Y que Dios nos los ofrece. Es cierto que no lo son —necesarios— de suyo, absolutamente, pues muchos abrieron y abren la totalidad de su vida a la Gracia poniendo sinceramente su persona entera bajo la luz del Amor divino; pero es también verdad que no lo hicieron sin pensar seriamente sobre sí, atendiendo a signos y señales que indicaban si su voluntad

² SAN CELESTINO I, *Indiculus*, cap. 9: Dz 141.

era realmente recta, si su pensamiento era realmente evangélico, si sus actitudes eran realmente cristianas: sabían que podían engañarse, no se fiaban absolutamente de sus impresiones, daban la razón al que nos dice que —aunque no las veamos— tenemos pajas, y vigas, en los ojos (cf. Mt 7,3-5) que empañan nuestra visión, que no podemos presumir que somos tierra buena y no hay zarzas ni abrojos en nuestro corazón que malogren la semilla divina que es sembrada en nosotros (cf. Mt 13,3-23).

Cuanto más instrumentos nos ayuden, mejor; cuantas más luces nos alumbren, mejor. No sustituyen al Espíritu Santo, sino que nos traen, mediando, su Luz. Pienso que hay que aplicarlo particularmente a la etapa que llamamos «formación inicial» en la vocación sacerdotal y religiosa. Vale para toda la vida, y para todos, porque la formación cristiana es permanente y universal —para todos los cristianos—, la conversión y la santificación son continuas; pero en la formación inicial nos jugamos, en un relativamente corto período de tiempo, algo que, si no está suficientemente puesto, dificultará gravemente —así lo veo yo— el crecimiento personal y la eficacia de la misión encomendada. Siempre, mientras dura esta vida, hay esperanza de conversión, nunca debemos perderla; pero, si la formación inicial ha sido deficiente, defectuosa, parcial, superficial, si no hemos entrado en el Abismo divino ni en el abismo propio, si no nos hemos quitado suficientemente la paja del ojo, el ciego que creerá ver (cf. Jn 9,41) se extraviará más y más y extraviará a otros, con daños que podrían —deberían— haberse evitado, que habrá que reparar con contrición y penitencia.

Considero los instrumentos que ofrece la *Antropología de la vocación cristiana* —en su teoría de la autotranscendencia teocéntrica en la consistencia— valiosos y eficaces. Considero el encuentro con la *Escuela de formadores* una de las grandes Gracias que Dios me ha concedido. Me siento muy agradecido a Dios por todos mis profesores, y soy su deudor: solo puedo enseñar lo que aprendí de ellos, con la seguridad de que son ellos quienes deberían hacerlo, con mucha más sabiduría y experiencia. Si escribo este libro es, sencillamente, porque creo que puede contribuir a iluminar la relación de los instrumentos psicológicos con la vida espiri-

tual, a esclarecer la dependencia de los instrumentos respecto de la acción santificadora del Espíritu Santo. Si vale esta imagen, los instrumentos psicológicos pueden ser respecto a la vida espiritual como los cubiertos respecto a la comida: sirven para alimentarse, pero solamente si hay un alimento que partir y llevarse a la boca. Hay alimentos que nos cuesta comer si no disponemos de cuchillo para trocearlos, o que es preciso pelar para comer lo bueno que albergan, o frutos de cáscara dura que es necesario partir con casca-nueces... Pero no nos comemos los cubiertos, no nos alimentamos de los instrumentos.

El alimento es —como nos hace eficazmente presente la Eucaristía— Jesucristo que se nos da para vivir en nosotros: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6,56). La vida cristiana es la vida de Cristo en nosotros (cf. Gál 2,20), consiste en que «Cristo se forme» en nosotros (4,19) y pueda crecer hasta «la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4,13). Así el fin de todo es la santidad, la plenitud de la vida de Jesucristo en nosotros. Es el fin *normal* de la vida espiritual, de la vida del bautizado, del religioso, del sacerdote: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor» (*Lumen gentium*, 40). Pero hay que tener en cuenta que, como escribe san Juan Pablo II, «también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una *pedagogía de la santidad* verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona» (Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 31). En esta línea desearía que este libro pudiera ayudar, aunque fuera solo a uno, como una luz concreta y práctica en la pedagogía de su santidad.

Está escrito a partir de un curso dado a una comunidad religiosa, grabado y transcrito. Me pareció una buena base, un buen punto de partida. He tratado de corregir, precisar, añadir lo que me parecía necesario; he querido suprimir referencias y ejemplos demasiado particulares, digresiones y repeticiones que se hacen cuando se habla pero que no son pertinentes cuando se escribe; he intentado pulir el lenguaje, demasiado coloquial en ocasiones al tratarse de un curso a una comunidad conocida, en una especie

de conversación amigable... Lo he intentado, pero seguramente quedarán rastros, que tampoco me disgustarían, porque comparto el planteamiento del Venerable José Rivera: «No gusto de hablar de *algo*, ni de hablar a *nadie*... Me halaga la charla con alguien...»³. No pretendo tanto una exposición de un tema cuanto una conversación con unas personas, sobre un tema —más bien una realidad— importante, crucial, decisivo: la apertura o no a la Gracia, a la acción amorosa de las Personas divinas.

³ J. RIVERA, *La mediocridad* (Toledo 2004) 5.